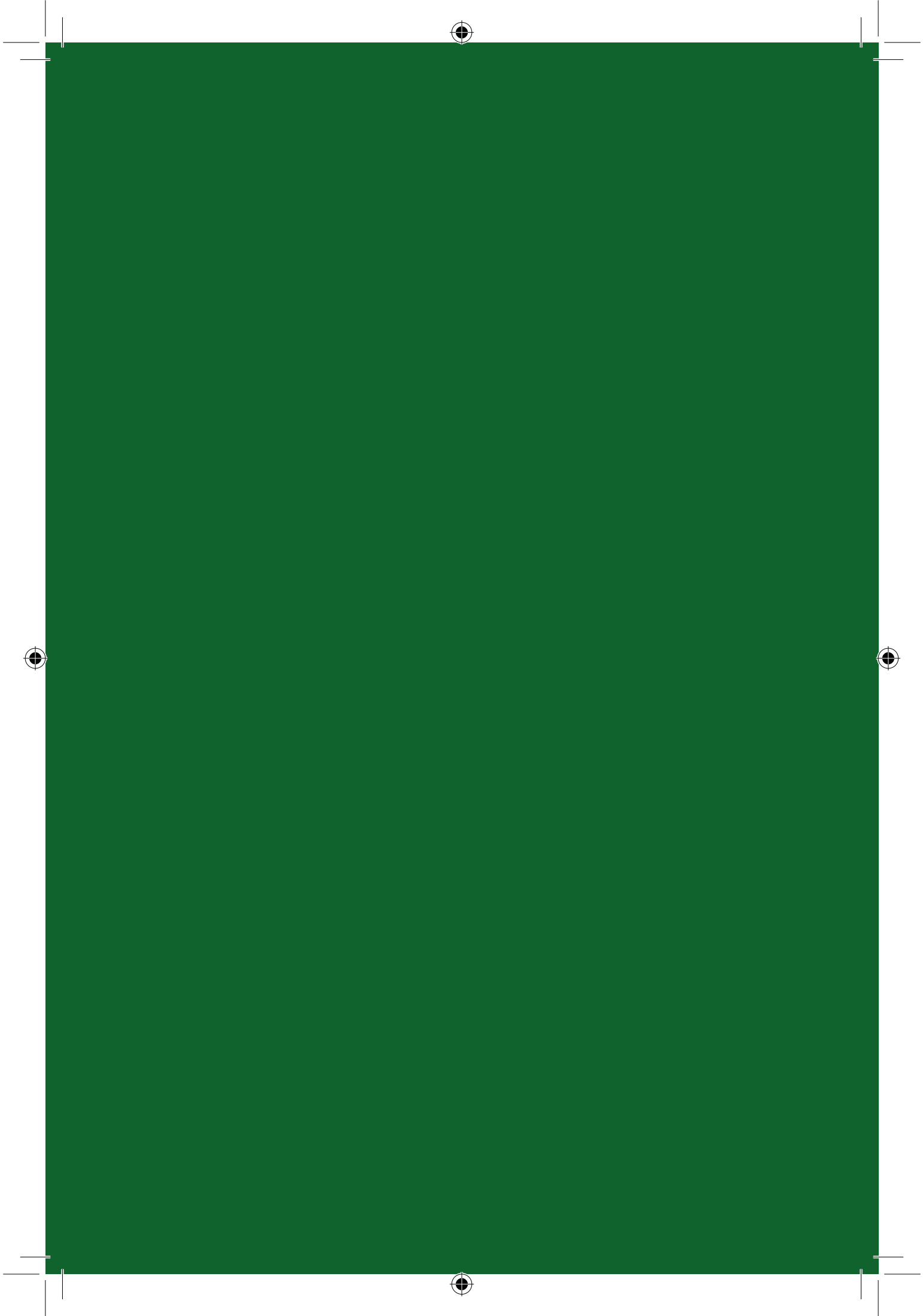
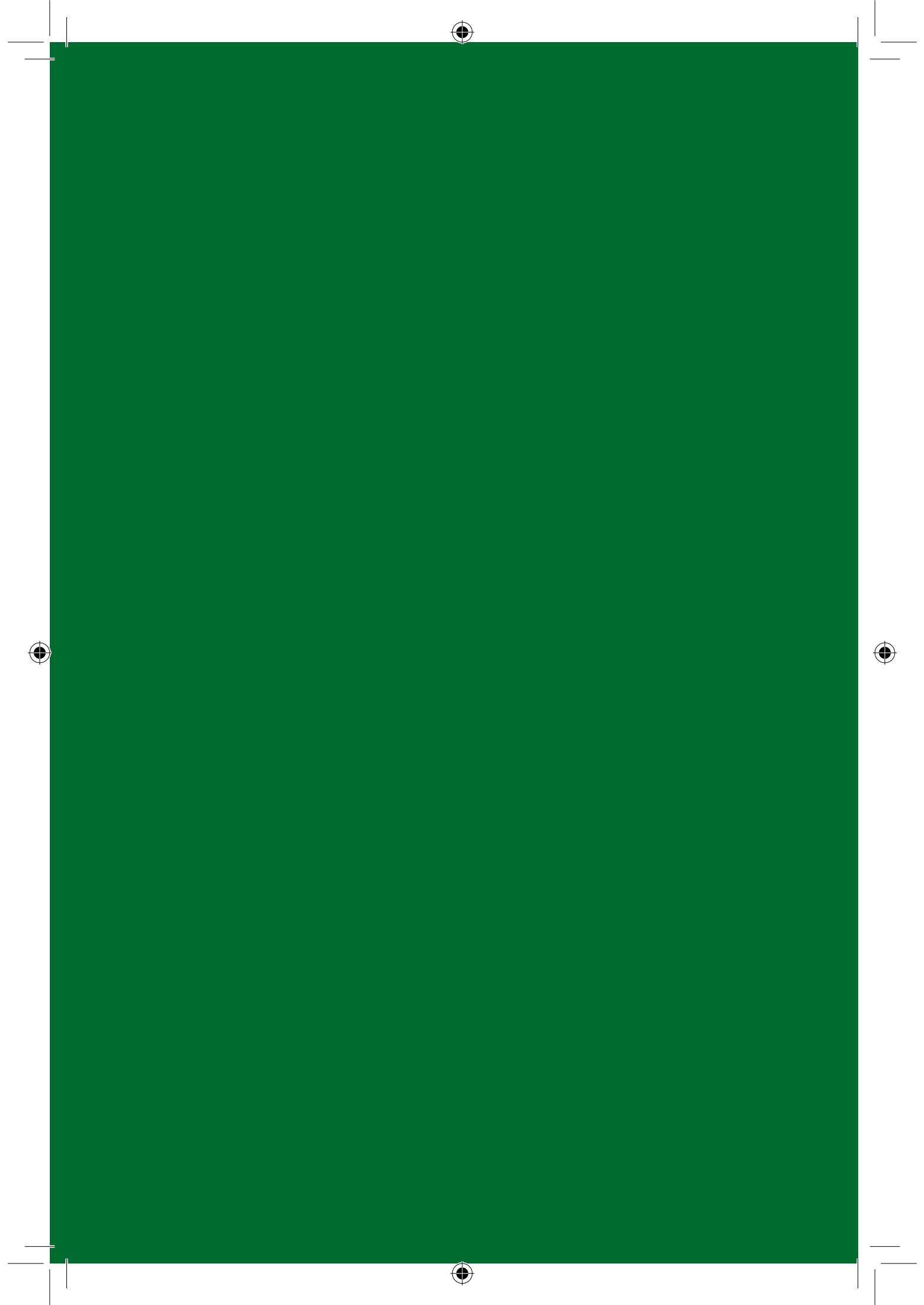
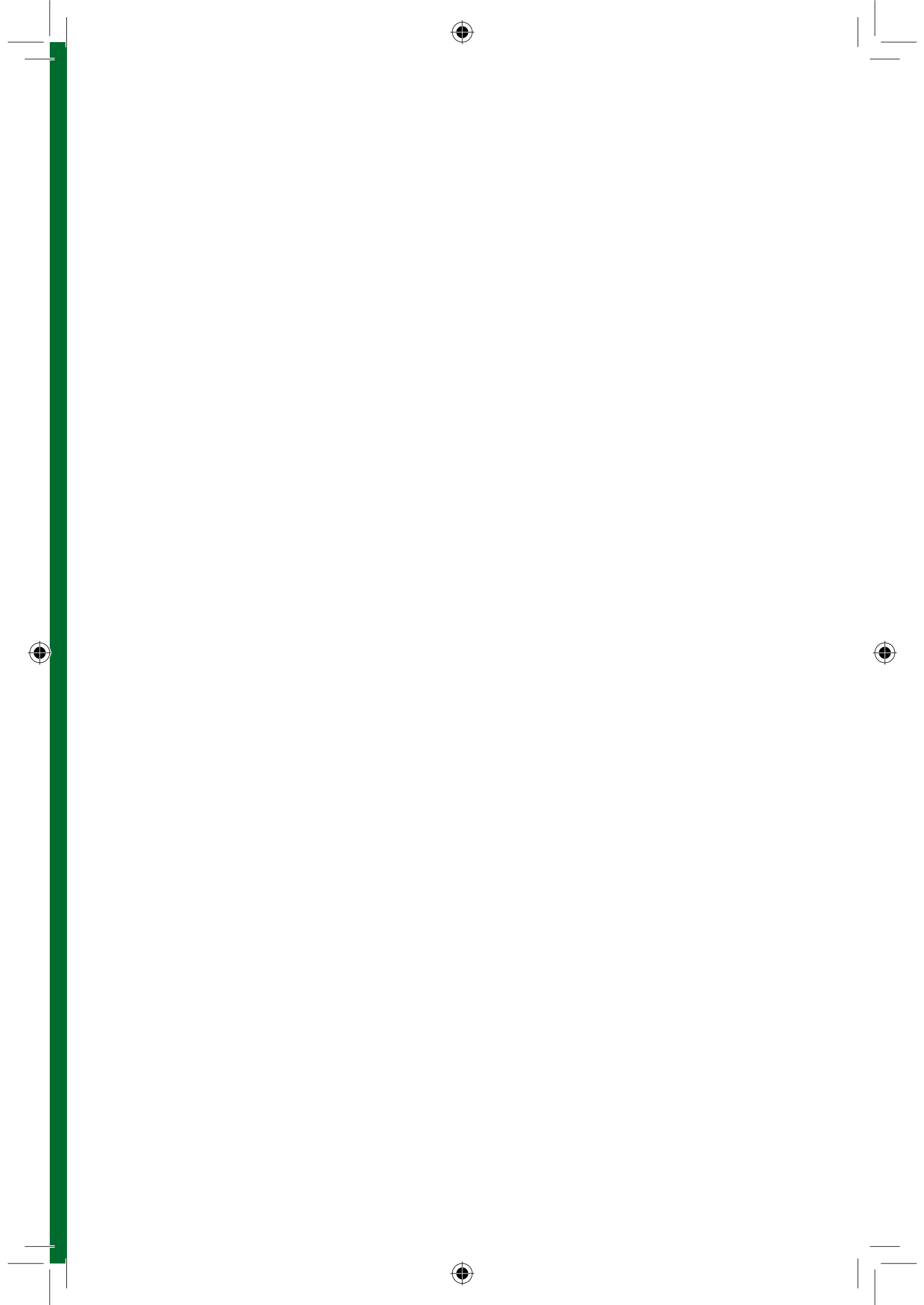
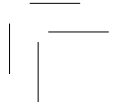
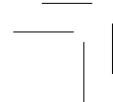






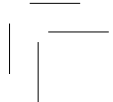
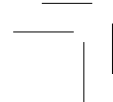






ES PA ÑO LA





BÁRBARA
ESPINOSA
ES PAÑOLA



Primera edición: marzo, 2025

© del texto: Bárbara Espinosa, 2025

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S. L., 2025

Ilustración de cubierta: Patricia Cruz Parrilla (LaPatry Cruz)

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S. L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Kadmos, S. C. L.

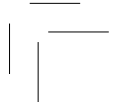
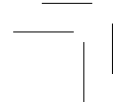
Impreso en España – Printed in Spain

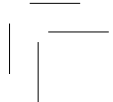
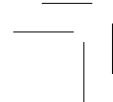
ISBN: 978-84-10234-11-6

Depósito legal: M-3201-2025

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

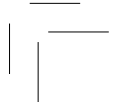
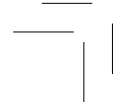




A mi madre,
por las trincheras construidas a base de libros.

A Gonzalo,
porque juntos descubrimos
que infinito es un ocho tumbado.

N



cuidador/a:

1 adj. Que cuida. U. t. c. s.

Sin.:

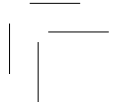
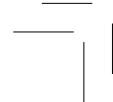
vigilante, conservador, guardián, centinela,
custodio, tutor, cancerbero.

niñero, *baby-sitter*, *au pair*, nana, canguros.

2 adj. Muy solícito y cuidadoso.

3 adj. desus. Muy pensativo, metido en sí.

Diccionario de la lengua española



EN EL NORTE DE MADRID

En este cuarto sin ventanas, solo existe una noche eterna. Al otro lado de esta puerta, de 07:30 a 21:30, soy una marioneta. Este cuarto sin ventanas es el útero materno, en el que duermo, me alimento y nado a contracorriente en un líquido viscoso hecho de bilis y lágrimas. Al otro lado de esta puerta, me visten, me travisten, con un uniforme-camisa de fuerza azul marino, delantal blanco y moño armado por horquillas que sin piedad me agujijonean, cada una de ellas inmovilizando una parte de mi cerebro.

¿Es que acaso lo necesito para algo?

07:40, plancho las faldas y camisas de las niñas. Para que cuando se deslicen por sus pequeños cuerpos apenas puedan percibir el frío que las espera en la parada de la ruta escolar. Abrillanto sus zapatos. Estiro sus calcetines que casi cubren sus rodillas sin heridas, como infantas de cristal.

08:00, preparo los desayunos. Para la señora, zumo de naranja recién sacada del frigorífico, colado con esmero. Fruta picada en trozos simétricos, como si su glotis, que se esconde

tras un cuello largo y altivo, pudiera advertir la diferencia de tamaño.

08:15, son ellas, copias a pequeña escala de la que todo lo ordena, las que me arrastran a paso marcial hasta la entrada de la urbanización. Uno, dos, uno, dos. Perfectas soldados de un ejército invisible y sanguinario.

Nunca me atrevería a despedirlas con un beso, ni tan siquiera con una caricia sobre el pelo, brillante y lacio, y, aun así, domado sin motivo por unas diademas rígidas idénticas que sé que, al igual que mis horquillas, adormecen sus neuronas. La señora, quien todavía disfruta de la primera comida del día en la mesa infinita del *office*, sabe que obedecemos a distancia sus instrucciones.

08:25, suben al autobús. Se sientan con sus amigas y, como cada mañana, apartan la mirada del grupo de cuidadoras entre las que me encuentro. Giran sus cuellos, largos y altivos como el de ella. No merece la pena hablar de lo que en nadie repara.

En el momento en que subo de nuevo a la casa, comienza nuestro particular juego, una coreografía perfectamente ensayada. Ella se encierra en su cuarto, yo limpio y aspiro el salón. Cuando ya se ha preparado, se desliza como un ladrón hasta la entrada. El clic de la puerta acalla una despedida siempre masculada para sí misma.

Tras los primeros días, desistí de preguntarle qué deseaba para el almuerzo. A las 14:30 religiosamente saco la vajilla, abrillanto los cubiertos y coloco sobre un plato alguna de las recetas que deja para mí sobre la encimera de la cocina. Siempre en porciones mínimas, al igual que espera que sean las mías.

Ese clic de la puerta no supone para mí ninguna tregua. Continúo de manera mecánica con mis movimientos, barro con la misma fruición los suelos, lavo la ropa a mano peleando contra un cronómetro y como escondida en mi habitación por si ella pudiera advertir, a su vuelta, las migas de mi hambre a su juicio desmedida. Siento que, en cada rincón, se me observa.

El primer día dudé de las cámaras del sistema de alarma, busqué entre las librerías, en los juguetes del cuarto de las niñas. Como si los peluches gigantes fueran, en un momento dado, a levantarse y a recriminarme señalándome con sus garras.

Conté desde el principio el paso de las semanas e hice muescas en la pared junto a mi cama: I, II, III, IV.

La tarde de la entrevista me invitó a entrar en el salón sobre el campo de golf, primera y única vez en la que me he sentado en su sofá de tres mil euros, quizá la última ocasión en la que observaría cómo a lo lejos se movían los jugadores como muñecos articulados.

Junté las piernas, coloqué las manos sobre mi regazo, estiré la espalda, como me habían enseñado las monjas, deseosas de formar señoritas y condenadas a amaestrar a esos animales que éramos las chicas de un barrio castigado de un pueblo que era una extensión de las provincias famélicas de las que todas procedíamos.

Esas monjas hubieran querido educar a mis niñas, «sí, madre», «gracias, madre», «lo que usted diga», y poder enseñar en el futuro las fotografías de sus antiguas alumnas ilustres con sus familias. Pero, en su lugar, pasaban los cursos vigilando nuestras barrigas en busca de embarazos adolescentes, de

nuestros brazos picados de heroína, aunque los descampados ya hubieran sido sepultados bajo chalés en hileras infinitas que eran el nuevo horizonte de ese cinturón obrero. En todo eso pensaba yo mientras la señora leía mi currículum de apenas media página: aprendiz de peluquería, vendedora en una tienda de ropa, limpiadora en el aeropuerto.

Me animaba, con falsa cortesía, a hacer todo tipo de preguntas. Yo declinaba con una sonrisa. Solo quería encontrar una vía para abandonar mi piso compartido, con derecho a usar el cuarto de baño por turnos y a un par de baldas en la nevera. Necesitaba dejar de oír el ruido del tren que hacía temblar el marco de mi ventana, apartar la vista de aquella sucesión de fábricas, en las que otros tantos como mi padre recibieron, tras su jubilación, asbestosis como agradecimiento.

Ya nada había para mí en ese amago de ciudad construida sobre el desierto madrileño. Mi madre vendió los ochenta metros cuadrados en los que cada día maldecía su condición de emigrante, e hizo entonces el recorrido inverso. Regresó a su pueblo y, como mis niñas, tampoco agitó su mano al despedirse ni me lanzó un beso. Volvió a su casa, la única que de verdad había poseído, como salió de ella, sin nadie ni nada. Ahí quedé yo entonces y aquí estoy hoy, mucama, criada, empleada doméstica, asistenta, la interna, la chacha que eligió mi madre ser cuando le ofrecieron sembrar o servir.

Llegué a mi cuarto sin ventanas con tan solo una mochila. Ella me miró desconfiada pensando que seguro huiría en cuanto pudiera con los brillantes de sus lóbulos y el oro de sus muñecas. Pero antes de abandonar ese páramo en el que crecí como una mala hierba, dejé tres maletas en la trastienda de la carnicería de una amiga. Las únicas raíces de esa

mala hierba que soy a las que puedo aferrarme para hacer el camino de vuelta.

Poco después de llegar a esta casa de pasillos laberínticos, ella abrió la puerta del cuarto sin querer aventurarse en la penumbra, señaló con su dedo índice derecho, largo y altivo como su cuello, el hueco que se convertiría en mi refugio. Calló por si, en lugar de una habitación, aquello fuera un pozo oscuro que devolviera un eco aterrador.

Unas horas más tarde, lo mencionó a él por primera vez. El Señor. Al señor no le gusta la cebolla, el señor no tolera el polvo, el señor necesita que se almidonen sus camisas. El señor todo lo controla, y ella, tan omnipotente hasta entonces, se empequeñeció a medida que hablaba a partes iguales con temor y reverencia de esa deidad sobre la Tierra.

«Demos gracias al Señor, bendice esta comida que él pone en tu plato para que engullas en tu cuarto minúsculo».

A medida que pasaban las primeras semanas, pensé que el señor era una presencia inventada, que a nadie pertenecían los jerséis ordenados por colores, la fila de trajes que parecían no haber abandonado nunca sus respectivas perchas. Su despacho, en el que se colaba una luz ocre y polvorienta, parecía cerrado desde hacía siglos, impropio de una urbanización construida apenas diez años antes. Cuando ella hablaba del señor, lo hacía susurrando, con miedo a invocar su presencia.

En un momento dado, parece que superé un periodo de prueba que desconocía. Solo entonces se me permitió recuperar mi nombre, comencé a ser presentada a las visitas. Con orgullo ella me exhibía como un trofeo a sus amigas. «Es española», repetía.

«¿Española?», apenas fingían su incredulidad, su admiración hacia ella por haber encontrado un ejemplar de una especie en extinción. A la incredulidad inicial le seguía un rictus de asco. Qué podía haber hecho yo para caer tan bajo. Española de un nuevo siglo donde son otras las que limpian las babas y heces de nuestros ancianos, los culos de nuestros niños, las que dan placer a nuestros maridos en polígonos, carreteras y caminos.

«ES PA ÑO LA», paladeaban cada sílaba,

«E S P A Ñ O L A», pronunciaban cada letra.

Y ella se disfrazaba de virgen, de santa magnánima que había salvado mi pobre alma. Pero era tan solo una mujer hierática que me vigilaba como un perro de presa desde una atalaya. «Con el servicio ya se sabe».

Los sábados por la mañana, una vez que dejaba preparada la comida y limpiado cada uno de los cuartos, podía jugar a ser libre, a disfrazarme de ser humano. Los primeros fines de semana apenas toleraba el tacto rígido de los pantalones vaqueros, cómo mi melena rozaba mi nuca. Volvía al pueblo sobre el páramo donde creían que había emprendido una vida mejor a escasos treinta kilómetros de allí, siempre al norte, donde la geografía y las fisionomías son otras.

Cada sábado bebía en el bar de siempre. Envidiaba a todos ellos, que iban a dormir en sus camas, en sus pisos pagados letra a letra durante cuarenta años, con una ventana con vistas a la miseria y a la ropa de sus vecinos. Los domingos luchaba contra la resaca en el sofá de alguna amiga y, más tarde, a duras penas podía reprimir las náuseas en el metro y el autobús. Ella parecía olerme cada vez que abría la puerta. Contraía sus narinas ante el hedor nauseabundo de la pobreza.

Pasaban las semanas y fui acostumbrándome a la rutina. El señor seguía siendo solo una presencia en las fotografías que colonizaban el cuarto de estar, cuyos marcos de plata debía bruñir religiosamente cada quince días. Un ritual para honrar a los muertos de esa familia descabezada. Ella, sonrisa congelada, mirada vacía, él, mano derecha sobre su hombro, tensión permanente en los nudillos, las crestas capilares tatuadas sobre su clavícula. Meros cambios de decorado.

Una noche, de regreso a la casa, mientras caminaba desde la parada con otras internas, creyéndonos protegidas de un peligro sin rostro ni aliento al formar un grupo compacto, una horda, adiviné que ella había sido destronada.

Escuché una voz masculina cuando el vigilante llamó desde la garita de seguridad. «¿Autoriza la entrada?». Bula concedida hasta entonces por ella, y yo, como cada fin de semana, intentaba controlar durante esos segundos de espera mi corazón desbocado. ¿Podrían haberme expulsado de su reino en menos de cuarenta y ocho horas? ¿Habrían decidido tapiar mi cuarto sin ventanas? ¿Dónde iría si eso sucediera? ¿Sería capaz de aferrarme a las raíces para hacer el camino de vuelta?

«Puede pasar». Apreté el paso, llegué casi sin aliento al portal, intuí cómo me examinaba desde la minúscula cámara del telefonillo, y me sobresalté cuando el portón se desplazó unos centímetros. Era Él, quien desde su púlpito me otorgaba una gracia casi suplicada. «La bendición», como repetían cada una de las latinoamericanas a modo de despedida antes de subir a sus respectivos pisos. Un mantra susurrado de abuelas a hijas y nietas. Escudo protector ante las desgracias.

El *hall* de la casa estaba solo iluminado por la luz que se colaba desde el salón. Sus pupilas apenas dilatadas. No

mostró ningún interés en estudiarme, al contrario que ella no contrajo sus narinas. Yo no era imagen, ni olor, ni ruido. «Hasta mañana», susurró. Aliviada, volví a mi útero. Por primera vez eché el cerrojo. Maniobra inútil para impedir la entrada de un espectro que ya me había olvidado.

Madrugué a la mañana siguiente. A las 07:00 estaba ya en la cocina. Quería evitar cualquier error, por pequeño que fuera. Intenté hacer memoria. Qué desayunaba el señor, o más bien, ¿qué detestaba? ¿Qué me arrojaría con asco y desdén si lo pusiera sobre su plato?

Preparé el *office*, frente al sitio de ella coloqué, como reflejo, la misma taza, idénticos cubiertos. Fruta, zumo para dos en la nevera, el pan listo para ser tostado. Alisé con fruición mi delantal, clavé con fuerza las horquillas en la cabeza, para que me mantuvieran alerta durante un examen no anunciado. A las 07:40 escuché cerrarse la puerta de la entrada y como él carraspeaba mientras llegaba el ascensor. Nadie se despide de lo que no existe.

«La cena a las 21:00», dijo ella poco antes de desaparecer a media mañana para reencontrarse con la vida que permanecía agazapada lejos del escenario que era esta inmensa casa. Poco me importaba qué hiciera lejos de allí durante aquellas horas. Nada parecía haberla revivido durante su huida. La imaginaba en el garaje del edificio con el coche en marcha, vigilando el reloj para poder subir de nuevo.

Al entrar en la habitación principal, en busca de la ropa sucia que él habría acumulado en su ausencia de semanas, descubrí una maleta vacía, el escondite perfecto para sus vísceras. Su lado de la cama apenas tenía arrugas, su cepillo de dientes no estaba húmedo, su pijama, doblado de manera

cartesiana, descansaba en el mismo cajón en el que yo lo había visto el viernes pasado. Abrí las ventanas de su despacho, dudé si invadía su espacio al liberar la luz amarillenta y un polvo suspendido que poco a poco me cercaba y se solidificaba en mi garganta.

La rutina permaneció inalterable, llegaron las niñas, comieron sus meriendas, agacharon sus cabezas para sumergirse en sus libros de estudio huyendo de una realidad asfixiante a la que ni entonces ni ahora podrían ponerle nombre.

A las 21:00 se sentaron las tres a la mesa, sin que su madre se cuestionase si ellas habían alterado su horario, si había reparado también en que yo era una intrusa en la ceremonia de final del día cuando hacía rato debería haberme refugiado en este cuarto que ya entonces era una gruta que había cavado yo misma con mis lágrimas y mis manos.

Los minutos estallaban como frágiles cristales que se clavaban en el hasta ahora siempre hierático rostro de ella. Las niñas empezaron a impacientarse. Jugaban con sus zapatos debajo de la mesa, se pellizcaban entre ellas. Una impaciencia y un temor escondidos que no había visto hasta entonces. Ella daba la vuelta a su teléfono, comprobaba el volumen, y se reprimía; un ejercicio de autocontrol que debían interiorizar sus copias en miniatura. La veía cuartearse los labios, morder sus carrillos, abrir y cerrar sus largos y altivos dedos para evitar hacer una llamada.

A las 22:00 las niñas abandonaron el salón en una breve y perfecta fila. «Puedes irte», y yo, sintiéndome en falta, me acurruqué en la cama con el uniforme todavía puesto por si él me reclamara, aunque fuera en plena madrugada. Ella siguió

rígida pegada al respaldo de su silla en uno de los extremos de la mesa en un salón ya en penumbra.

A la mañana siguiente, el escenario permanecía intacto: la comida sobre las fuentes, el pan en la cesta, ya pálido y endurecido, el agua de la jarra, turbia. La servilleta de ella, que había reposado sobre sus rodillas, estaba doblada de manera milimétrica, fiel reflejo del puesto que nunca había ocupado el señor, cuya reaparición había sido para todas nosotras una ilusión, un espejismo, un milagro.

Sabía que él seguía en casa porque de manera puntual escuchaba la puerta a las 07:40. Al tercer día dejé de colocar dos puestos de la vajilla del desayuno. Ella me recriminó, quiso gritarme sin palabras «¿acaso te pago para que tomes decisiones, para que juzgues si hay que alterar el guion de esta obra que solo yo dirijo?». Dos zumos, dos boles de frutas, la cafetera lista para ambos.

Encontré poco a poco su rastro, dejaba pequeñas muestras del camino que conducía al refugio de un fantasma, camisas y calzoncillos arrugados en el cesto de la ropa sucia, y la cama de matrimonio asimétrica; en realidad, dos camas unidas por una única colcha que ocultaba a los ojos de todos una distancia insalvable. Busqué su rastro en el sofá del despacho, olí los cojines por si permaneciera en ellos el aliento fuerte de un hombre que pasara allí cada noche desde su vuelta. Pero el señor, omnipotente, omnipresente, solo parecía reivindicar su hegemonía al cerrar la puerta a las 07:40. Autoridad indiscutible, proveedor de nuestras necesidades, carcelero invisible.

Ella perdió su cetro, se convirtió en mera regente, y yo perdí mis únicos ratos en los que podía fijar la vista en el espacio

exterior, no en la pared con pintura ya desconchada, los restos de una celda que otras ocuparon antes que yo.

Las primeras noches corría al sentir el tintineo de sus llaves chocándose entre ellas. Calculaba cuántos segundos me quedaban para recoger mi plato y mi vaso y encerrarme en el cuarto. Apenas entraba en él giraba el pestillo, falso fortín, cuando eran realmente ellos los que querían protegerse de mí.

Quién era yo. Qué me había llevado hasta allí. Qué escondía ese rostro impertérrito, una máscara que yo palpaba con cierto orgullo y deleite. Todo era una mera transacción, mi fuerza física y mi muerte cerebral de domingo a sábado a cambio de 1.200 euros al mes en 14 pagas.

La cena lo esperaba en el salón, en una mesa ya solo con una única cabecera. No sé bien si ella claudicó o pensó que era una brillante venganza. Él nunca alzó la voz para convocarla ante su presencia.

El señor dejaba su chaqueta sobre una de las sillas del *office* para que la planchara a la mañana siguiente. Le imaginaba entonces aflojando su corbata, quitándose los zapatos que yo abrillantaba, liberando sus pies de esos cordones que a mí me parecían mordazas.

Contenía la respiración, deseaba que olvidara que yo estaba al otro lado de la pared. Creía escuchar cómo masticaba, cómo los trozos de queso descendían por ese cuello largo y altivo como el de ella, cómo giraba la silla para dirigir la mirada al mismo paisaje del que me había privado. No hablaba con nadie, no veía vídeos en su teléfono. Solo parecía comer y observar. La quietud de la sombra de los árboles, que protegen este y otros pisos de las miradas indiscretas de los que nada tienen.

Me arrebató mi ventana al mundo, pero quién era yo para disputársela. No siempre mi horizonte estuvo formado por un puñado de fábricas y vías de tren arrojadas como por descuido sobre esa estepa del sur madrileño. No siempre mi historia fue la de aprendiz de peluquería, vendedora en una tienda de ropa, limpiadora en el aeropuerto. No siempre lo fue, porque esa historia es mentira.